

PARA QUE SE CONFIGURE OTRA FORMA DE VIDA MARIANISTA

Leí la carta de Enrique Llano hace un par de meses. Me dejó pensativo. Enrique tiene razón. Me di cuenta, enseguida, que respondía también a mis inquietudes y preocupaciones. No era muy clara en su planteamiento. Pero sí se advertían fácilmente las grandes intuiciones de quien la había escrito. He sabido algunas de las reacciones que ha tenido y que aparecerán en esta revista. No quiero repetir lo ya dicho por otros y muy atinadamente. Comparto los distintos escenarios de futuro que varias de las respuestas describen. En alguno de ellos o en el conjunto querría situarme y representar o hacer mi papel en los años venideros.

De todas formas mi respuesta se aleja de lo muy concreto. Vuelvo a los grandes principios porque creo que nos faltan y por eso algunas de nuestras realidades están construidas sobre arena. Necesitamos meter inyecciones de buen cemento para que la casa de la Familia marianista esté firme. Me aprovecho de una experiencia de vida única que he tenido en los últimos años en relación con varios de los movimientos eclesiales más significativos en este momento de la historia de la Iglesia. He podido conocer y en algún caso tratar a sus fundadores o últimos responsables. *Cuando con ellos hablaba siempre pensaba en la Familia marianista, en parte igual y en parte diferente a esas nuevas comunidades. A veces me sentí orgulloso de ser marianista; otras veces no tanto.* En casi todos estos movimientos o nuevas comunidades he descubierto algo carismático y original que tenía expresiones las más diversas. Varias de ellas para mí, poco a poco se han ido transformando en fuertes convicciones. Ese algo original que tienen las más de las veces es irrepetible y por eso justificaba su aparición en la Iglesia. He podido hablar en estos años con Jean Vanier, Chiara Lubich, Andrea Ricardi, Gussiani, Kiko Argüello...

Por ellos he tomado conciencia de lo que tenemos en la Familia marianista y de lo que nos falta; de los motivos de algunos de nuestros fracasos y de las razones de algunos de nuestros aciertos. Me ido haciendo una idea, cada vez más clara, de lo que un grupo de Iglesia tiene que tener y de lo que no le puede faltar. Para ello, dicho con palabras difíciles, me he hecho “un marco referencial” para nuestra misión y nuestra vida y para la de todo movimiento o familia eclesial. Los voy a presentar y describir. No voy a hacer referencia mayor a la Familia marianista. Es la tarea del lector. Además a buen entendedor pocas palabras bastan. Quiero referirme a aspectos muy importantes; mejor indispensables. Cuando están presentes apenas si nos damos cuenta. Cuando faltan si y mucho.

1. Una propuesta teológica.

Un grupo de Iglesia está hecho de creyentes que piensan la fe. Esta fe da a su creencia un aspecto de contenido, de mensaje y de razonamiento sano; de desarrollo y de formación. En la Iglesia se precisa motivar lo que se cree y se espera. La Iglesia es para creyentes y para

situar a las personas ante Dios. Detrás de los grandes movimientos de Iglesia de nuestros días hay, en bastantes casos una novedosa reflexión teológica y una clara definición religiosa.

Sin esto, a un grupo eclesial, un grupo como el nuestro, le falta el fundamento y los puntos de referencia; las bases y los muros que sustentan. De la propuesta teológica nacen los por qué del grupo. Su credo. Por supuesto que hablar así no me estoy refiriendo a una nueva o específica suma teológica. Estoy hablando de unos cuantos elementos claves de la teología que se convierten en acentos fuertes, que arriman el fuego a las propias ascuas. Son aspectos que en ese grupo se asimilan con especial profundidad sin dejar de lado el resto. Son sanos e inspiradores. Este aspecto lo he encontrado especialmente bien desarrollado en Comunión y Liberación. Su fundador, Giussani, presenta un estupenda descripción del sustrato humano que no puede faltar; el enganche de naturaleza y gracia muy bien descrito, la dimensión pública de la fe muy reflexionada.

2. Una propuesta espiritual

La fe pasa a la vida; atraviesa la mente y el corazón. Se convierte en una forma de vida en el Espíritu; en ejercicio y en praxis; en oración y obra de misericordia, en perdón y en alabanza. Todas estas acciones combinadas de modo original son indispensables para una comunidad eclesial.

Los buenos fundadores/as han sabido hablar del encuentro de lo horizontal y de lo vertical. Han descendido a los cómo. Han transformado las grandes verdades de fe, por ellos acentuadas, y las buenas intuiciones teológicas en camino espiritual, en acción, en moción, en vida del Espíritu. Tienen una espiritualidad y coherente con su teología. La gran intuición teológica del Concilio Vaticano II necesitó del tiempo y de las personas adecuadas para que se convirtiera en espiritualidad. Ni teología sin espiritualidad ni espiritualidad sin teología. La teología buena viene de la experiencia y se hace de rodillas. La buena espiritualidad parte del ansia de Dios a la que se le debe dar nombre y expresión y para ello se precisa hacer un camino espiritual. La he visto especialmente desarrollada en el movimiento de los Focolares.

3. Una propuesta pastoral

Una vivencia auténtica de la fe nos lleva a compartirla, a anunciarla, a buscar un camino para transmitirla y si se quiere hasta un método. Es importante lograr alcanzar la vida de los creyentes y aumentar esa vida. Toda esta acción pasa por la Iglesia. A los grandes grupos o movimientos eclesiales no les falta una original propuesta pastoral.

Esta propuesta nace de las dos anteriores. Con ella y desde ella se leen y se responde bien a las necesidades de la Iglesia y la sociedad. Debe ser precisa, atinada, exigente, novedosa. Eso tienen la Fraternidad misionera Verbum Dei. No merece la pena quedarse en la nostalgia. La época actual no es menos propicia para el anuncio del evangelio que las épocas pasadas de nuestra historia. Se necesita saber sembrar. Algunos grupos han encontrado modos nuevos de llevar el evangelio al mundo de hoy y tiene un camino para iniciar y formar en la fe; unas metas, que son desafiantes, y un

método que es nuevo en el lenguaje, en los contenidos, en los destinatarios y la estrategia.

4. Una propuesta celebrativa

La vida se celebra. Lo que acontece se convierte en celebración. A esta se le da unción, conexión con la vida, con la fe, con la esperanza. Se hace fiesta de la vida. En este campo hay creatividad en la forma de alabar, agradecer, interceder, proclamar, pedir perdón. No falta la originalidad. Se trae la vida a la oración. En algunos casos la celebración es muy intensa; larga y prolongada. En otros grupos es más breve. Es de todos conocidos que hay (o había) mucha novedad en la celebración de los neocatecumenales. He sentido que el Vaticano les haya impuesto volver a celebrar como todos cuando todos o al menos muchos deberíamos celebrar como ellos.

5. Una propuesta cultural

La traen varios de los movimientos o grupos de Iglesia. Algunos son contraculturales. Otras logran empalmar atinadamente con la cultura de la modernidad tardía, y de sus contextos. Proponen una calidad de humanidad cristiana que se basa en la pasión y en la radicalidad y en diálogo y contraste con la postmodernidad y que se nutra de la pasión por Dios, por los hombres y por la naturaleza. En algunos movimientos la actitud ante la cultura es el rechazo claro y combativo. En otros es la propuesta de la interacción. Eso veo yo en el Arca. Hacer una propuesta cultural clara es convertir una serie de valores, de actitudes y de comportamientos en semilla de evangelio y en sano sustrato humano.

6. Una propuesta sociopolítica

Una dimensión social y política. La fe que no tiene implicaciones en la realidad sociopolítica se queda a medio camino. La fe madura se implica en esa realidad y la transforma. Apunta a que lleguemos a tener un nuevo cielo y también una nueva tierra. Pide una fe profundamente encarnada en el mundo. Los movimientos eclesiales buscan una alternativa sociopolítica para el mundo actual que necesita y busca una.

Esta dimensión no falta en los grupos; aunque toma muy distintas formas. Unos lo reconocen explícitamente; otros hacen esta propuesta solapadamente. Cuando existe y espontáneamente se presenta se busca con ella transformar la sociedad para que se viva la justicia, la verdad y la libertad. Esto pide grandes cambios. Importante es el paso de la guerra a la paz, de trabajar para pasar hambre a tener pan, de luchar para acumular a trabajar para disminuir la pobreza, de crear violencia a llevar a los grupos a la concertación y al perdón... Ofrecer alternativa a la realidad actual es indispensable; trabajar por hacerla realidad exigente. En ese empeño he encontrado implicado a San Egidio.

Estas seis dimensiones no pueden faltar en ningún grupo de Iglesia. Son las señas de identidad de cada uno de ellos. Pero algunos hasta llegan a rechazar alguno de estos

aspectos. Hay grupos de Iglesia que no tienen una propuesta de espiritualidad. A otros les falta el compromiso con la realidad. Los hay que han nacido sin una intuición teológica o no se han sabido situar bien en el conjunto de la historia de la salvación. No resulta fácil integrar todas estas propuestas. Se necesita llegar a la acción profunda y seria. El producto de esta buena mezcla da lo que Metz llamaría la buena integración de “pastores, profetas y samaritanos”. Con la fusión de estos tres personajes se llega “a reconstruir la fraternidad universal de todos los hombres y Pueblos hacia el Reino”.

En una situación tan compleja y movедiza como la actual es bueno tener propuestas claras y formuladas a estos grandes planteamientos. Y propuestas asumidas. Es lo que da una cultura fuerte, la cual, a su vez, suele estar en el origen de una claridad en las metas y de mucha fecundidad.

Eso es lo que necesita la Familia marianista en este momento. Somos muchos los que tenemos fe que la Familia marianista no va a desaparecer; *pero sí se está terminando una forma de vivir en ella* y una forma de organizarse. En eso tiene razón Enrique en su carta en invitarnos a pensar en otras alternativas. Para que se configure otra forma de vida marianista necesitamos una revisión de fondo; una revisión de estas seis propuestas. Si queremos tener un influjo social y cultural, eclesial y evangélico necesitamos una propuesta sociocultural. Una buena propuesta teológica nos recordará a los marianistas que lo divino está en nosotros como un impulso del ser, como fuerza de atracción grabada en nuestro espíritu. Ese centro profundo, esa fe del corazón, que hay en cada uno de nosotros, se puede convertir en el núcleo originante de nuestra vida creyente y en el centro de la experiencia mística. Eso es vida. De ella se parte hacia una propuesta pastoral de comunión y de choque, de sabiduría y de profecía. La espiritualidad no es el ámbito de quienes consiguen liberarse de las presiones de la vida. La espiritualidad tiene que ver con vivir una vida plena, no una vida vacía; con una búsqueda de plenitud porque nos viene del Espíritu. Ello supone que nos libramos de las cosas, de lo que viene y va y acertamos a vivir con calidad y tanto lo ordinario como lo extraordinario. El tiempo nos presiona y nos dice que estamos demasiado entretenidos para ser contemplativos; nuestras almas nos lo gritan. Puede ser que nos sintamos demasiado atareados para sentarnos a compartir, demasiado distraídos para leer y entrar en el silencio, demasiado acosados por personas y compromisos como para organizar nuestras vidas en torno al amor, para meditar nuestro presente y nuestro futuro...

He querido bajar al detalle para ver que es importante dar contenido a nuestras vidas y poner acción en ellas. En casi todos estos grupos o movimientos eclesiales he encontrado coraje e imaginación. De algunos de ellos he tenido envidia. Me han hecho *pensar en el fuego* y en la historia que nos llega del abad Lot, quien una vez fue a ver al abad José y le dijo: “Padre, en lo que puedo observo una regla sencilla, hago pequeños ayunos, practico algo de oración y de meditación; guardo silencio y en la medida de lo posible, procuro mantener limpio mi pensamiento”. “¿Qué más debería hacer?”. El viejo monje se puso en pie, alzó las manos hacia el cielo y sus dedos se convirtieron en diez antorchas llameantes. Entonces dijo: “*Por qué no te transformas en fuego*”. Un buen desafío para los marianistas.